

coronel Hervey y algunos otros apoyaron el voto de Downs, la discusión dió fin á la media hora, el tribunal volvió á entrar en sesión, y Bradshaw declaró al rey que no se accedía á su petición.

Cárlos apareció vencido y solo insistió débilmente: «Si no tenéis nada que añadir, le dijo Bradshaw, se procederá á la sentencia.—Nada añadiré, caballero, respondió el rey; desearia solamente que se escribiese lo que yo he dicho.» Bradshaw, sin contestarle, le anunció que iba á saber su sentencia; pero antes que se procediera á la lectura, dirigió al rey un largo discurso, solemne apología de la conducta del parlamento, en donde todos los daños causados por el rey fueron recopilados y le acusó de todos los males de la guerra civil, ya que su tiranía habia hecho de la resistencia no solo un deber sino que tambien una necesidad.

El lenguaje del orador era duro, amargo, pero grave, compasivo, sin insulto y su convicción evidentemente profunda, aunque mezclada de alguna emoción de venganza. El rey le escuchó sin interrumpirle y con igual gravedad. A medida que iba adelantando el discurso hacía su fin, una visible turbación se apoderó de él; en el momento en que calló Bradshaw, probó de tomar la palabra: Bradshaw se opuso, y dió orden al secretario que hacia las veces de escribano de leerle la sentencia. Acabada la lectura: «Este es, dijo, el acto, el voto y la unánime sentencia del tribunal.» Todos los miembros se levantaron en señal de aprobación. «Caballero, dijo el rey, ¿quereis escuchar una palabra?

*Bradshaw*: Señor, no podeis ser oído despues de la sentencia.

*El rey*: ¿No?

*Bradshaw*: No señor, con vuestro permiso. Guardias llevaos el preso.

*El rey*: Yo puedo hablar despues de la sentencia... con vuestro permiso, caballero, yo siempre tengo derecho de hablar despues de la sentencia... Con vuestro permiso... Aguardad... La sentencia caballero... Yo digo que... ¡Si á mí no se me permite hablar, pensad que justicia pueden esperar los demás!

En este instante los soldados le rodearon, le sacaron de la barra, y le llevaron por fuerza hasta donde le aguardaba el coche: tuvo que sufrir al bajar la escalera los mas groseros insultos; los unos arrojaban á sus piés su pipa encendida; los otros le soplaban el humo del tabaco á la cara, todos gritaban á sus oídos: «Justicia! ejecución! A estos gritos sin embargo, el pueblo mezclaba alguna vez los suyos: «Dios salve á V. M.! Dios libre á V. M. de las manos de sus enemigos!» y hasta que

estuvo encerrado en el coche, los que le llevaban se mantuvieron con la cabeza descubierta á pesar de las órdenes de Axtell que llegó hasta sacudirles.

Se pusieron en marcha para Whitehall; los soldados ocupaban ambas aceras de todo el camino; delante las tiendas, las puertas y ventanas, habia un inmenso gentío, la mayor parte en silencio, otros llorando, algunos rogando en alta voz por el rey. A cada paso los soldados para celebrar su triunfo renovaban sus gritos: «Justicia! justicia! ejecución! ejecución!» Pero Cárlos habia recobrado su serenidad acostumbrada, y demasiado altanero para hacer caso de su odio: «Pobres gentes, dijo al salir de su coche, por un chelín gritarian lo mismo contra sus oficiales.»

Apenas hubo entrado en Whitehall: «Herbert, dijo, escucha; mi sobrino el príncipe elector y algunos lores amigos míos, harán todos los esfuerzos para poderme ver; yo se lo agradezco; pero mi tiempo es corto y se debe aprovechar; deseo emplearlo en cuidar de mi alma; espero pues que no se incomodarán de que quiera solo ver á mis hijos. El mayor favor que en el día me pueden hacer y deseo de los que me aman, es que rueguen por mí.»

Hizo en efecto llamar á sus dos jóvenes hijos, la princesa Isabel y el duque de Glocerter, que quedaban bajo la custodia de las cámaras, y el obispo de Lóndres Juxon, del que ya habia recibido de antemano, por la intervención de Hugo Peters, los auxilios espirituales. Una y otra petición le fue concedida. Al otro día, 28, el obispo se dirigió á Saint-James, donde acababa de ser trasportado el rey; al verle se entregaba á su dolor: «Dejemos esto, milord, le dijo Cárlos; no tenemos tiempo de ocuparnos en ello, pensemos en nuestro gran negocio, es preciso prepararme para comparecer ante Dios, á quien dentro poco tendré que dar cuenta. Espero prepararme con sosiego, y que vos me ayudareis. Hablemos de estos miserables en cuyas manos estoy; tienen sed de mi sangre, la saciarán; cúmplase la voluntad de Dios.»

Pasó lo restante del día en devota conversacion con el obispo: solo con mucha dificultad habia logrado que los dejasen solos en su aposento en el que el coronel Hacker habia puesto dos soldados; y durante la visita de Juxon el centinela de la puerta la abria á cada momento para asegurarse de que el rey estaba allí. Como lo habia presumido, su sobrino el príncipe elector, el duque de Richemond, el marques de Herteford, los condes Southampton, Linsey, y algunos otros de sus mas antiguos servidores, se presentaron para verle, pero no los recibió. M. Seymour, gentil-hom-

bre al servicio del príncipe de Galles llegó en aquel mismo día de la Haya, portador de una carta del príncipe; el rey dió orden de que se le hiciese entrar, leyó la carta, la arrojó al fuego; encargó de su contestacion al mensajero, al que la habia llevado su respuesta, y le despidió inmediatamente. Al otro día, 29, casi al amanecer, el obispo volvió á Saint-James. Acabado el rezo matutinal, el rey mandó le llevasen un cofrecillo que contenia la cruz de San Jorge y de la Jarretiere todas destrozadas: «Ved aquí, dijo á Herbert y Juxon las únicas riquezas de que puedo disponer en favor de mis hijos.»

Se los presentaron: al ver á su padre la princesa Isabel, de doce años de edad, se puso á llorar; el duque de Gloucester, que aun no tenia ocho, lloraba al mirar á su hermana: Carlos los sentó sobre sus rodillas, les repartió sus joyas, consoló á su hija, le aconsejó los libros que debia leer para asegurarse contra el papismo y le encargó dijese á sus hermanos que él perdonaba á sus enemigos, á su madre que jamás se habia borrado de su memoria y que hasta el último momento la amaba como el primer día. Despues dirigiéndose al jóven duque: «Mi querido hijo, le dijo, van á cortar la cabeza á tu padre.» El niño le miró fijamente y con un aire serio: «Está atento, hijo mio, á lo que te voy á decir: tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo, porque ellos cortarán la cabeza á tus hermanos si los pueden atrapar, y acabarán con cortártela á tí igualmente; te mando, no consientas jamás en ser rey nombrado por ellos.—Mas pronto me dejaré hacer pedazos, respondió el niño conmovido.» El rey lo abrazó con alegría, lo puso en tierra, abrazó á su hija, bendijo á los dos y rogó á Dios los bendijese; despues levantándose de repente: «Mandadlos sacar de aquí, dijo á Juxon» los niños sollozaban; el rey conmovido, apoyaba la cabeza contra una ventana, ahogando su llanto; abrióse la puerta, iban á salir sus hijos; Carlos dejó precipitadamente la ventana, los volvió á tomar en sus brazos, los bendijo de nuevo, y huyendo en fin de sus caricias, cayó de rodillas y se puso á rezar con el obispo y Herbert, únicos testigos de aquella deplorable despedida.

Durante la misma mañana se habia reunido el tribunal superior y habia señalado, el martes 30 enero, de las diez á las cinco para la ejecucion. Cuando fue preciso firmar la orden fatal, costó infinito congregarse los miembros comisionados; en vano dos ó tres de los mas apasionados se habian situado en la puerta de la sala, prendiendo á sus cólegas que salian para dirigirse á la cámara baja, obligándoles á venir á poner su nom-



CARLOS SE DESPIDE DE SUS HIJOS.

bre ; muchos de aquellos mismos que habian votado la sentencia, procuraron ocultarse, ó lo rehusaron abiertamente. Cromwell casi solo, alegre, mordaz, atrevido, se entregaba como de costumbre, á la mas grosera truanería ; despues de haber firmado el tercero, llenó de tinta la cara de Henry Martin que estaba á su lado y que en el acto le devolvió la accion. El coronel Ingoldsby, su primo, inscrito en el número de los jueces, pero que aun no habia comparecido, entró por casualidad en la sala : «Ahora si gritó Cromwell que no nos escaparás ;» y apoderándose inmediatamente de Ingoldsby, con muchas carcajadas, ayudado de algunos miembros que estaban allí, le puso la pluma entre los dedos y guiándole la mano, le obligó á firmar.

Se recogieron en fin cincuenta y nueve firmas muchas de ellas antecedidas de nombres tan mal escritos, ya sea por turbacion ya por voluntad, que era casi imposible leerlos. Dióse orden al coronel Hacker, al coronel Huncks y al teniente coronel Phayre, de llevar á cabo la ejecucion. Hasta entonces los embajadores de los Estados-Unidos, Alberto Joaquin y Adriano de Pauw, llegados á Lóndres cinco dias antes, habian en vano solicitado una audiencia de la cámara ; ni su demanda oficial, ni sus visitas á Fairfax, Cromwell y algunos otros oficiales, lo habian podido conseguir.

Se les advirtió de repente que á las dos serian recibidos por los lores, y á las tres por los diputados. Se presentaron apresuradamente y cumplieron su comision ; se les prometió una contestacion, y al volver á sus alojamientos, vieron empezar en Whitehall los preparativos de la ejecucion. Habian recibido visita de los ministros de Francia y España, pero ni uno ni otro habian querido tomar parte en sus diligencias : el primero se contentó con protestar que ya habia previsto aquel golpe desgraciado desde mucho tiempo y que habia hecho no pocos esfuerzos para impedirlo ; el segundo, segun dijo, aun no habia recibido de su gabinete ninguna orden de intervenir, pero la esperaba de un instante á otro.

Al otro dia, 30, á cosa del medio dia, una segunda visita á Fairfax en la misma casa de su secretario, habia dado á los holandeses alguna esperanza ; se habia conmovido á sus representaciones, y parecia al fin decidido á salir de su inercia : habia prometido dirigirse inmediatamente á Westminster para solicitar á lo menos un sobreseimiento. Pero asi que le dejaron delante de la casa misma en que le acababan de hablar, los dos embajadores encontraron un cuerpo de caballería que hacia desocupar la plaza ; todas las avenidas de Whitehall, todas las calles vecinas

estaban igualmente desocupadas; por todas partes oían decir que el rey estaba pronto, y que no se haría aguardar mucho tiempo.

Muy de mañana en efecto, en un aposento de Whitehall, al lado de la cama en que Ireton y Harrison estaban aun acostados juntos, Cromwell, Hacker, Huncks, Axtell y Phayre, se habian reunido para estender el último acto de este horrible proceso, la orden que debía dirigirse al ejecutor «Coronel, dijo Cromwell ó Huncks, á vos toca escribir y firmar.» Huncks lo rehusó obstinadamente: «¡Qué obstinado regañón! dijo Cromwell. —A la verdad coronel Huncks, le dijo Axtell, me dais vergüenza; ved aquí el bajel que entra en el puerto y quereis replegar las velas antes que echar el áncora!» Huncks persistió en su negativa: Cromwell se sentó murmurando; escribió él mismo la orden, y la presentó al coronel Hacker, que la firmó sin objecion.

Casi al mismo instante, despues de cuatro horas de un profundo sueño, dejó Carlos la cama: «Tengo un gran negocio que hacer, dijo á Herbert, es preciso que me levante al instante,» y se puso al tocador. Herbert turbado, le peinaba con menos cuidado: «Tomad, os ruego, le dijo el rey, el mismo trabajo que las otras veces, aunque no deba estar mucho tiempo mi cabeza sobre mis espaldas; hoy quiero ir preparado como para unas bodas.» Mientras se vestía pidió una camisa mas: «La estacion es fria, dijo, podria temblar, y presumiria la gente que es de miedo, y no quiero que sea posible semejante suposicion.» Apenas asomaba el dia, llegó el obispo y empezó los ejercicios religiosos; al leer el capítulo XXVII del Evangelio segun san Mateo, en que se refiere la pasion de nuestro Señor Jesucristo: «¡Milord, preguntó el rey, habeis elegido este capitulo, como el mas apropiado á mi situacion?—Suplico á V. M. repare, respondió el obispo, que es el Evangelio del dia, como lo prueba el calendario.»

El rey apareció profundamente conmovido, y prosiguió leyendo con mucho mas fervor. Cerca las diez llamaron ligeramente á la puerta; Herbert se mantuvo inmóvil: el segundo golpe se dejó oír un poco mas fuerte aunque con cuidado: «Id á ver quien llama, dijo el rey.—Era el coronel Hacker.—Hacedle entrar, añadió.—Señor, dijo el coronel con voz baja y temblorosa, ha llegado el momento de ir á Whitehall; V. M. tendrá aun mas de una hora para descansar.—Voy al instante, respondió Carlos, dejadme.» Hacker salió: el rey se recogió aun por algunos minutos, despues tomando al obispo de la mano: «Venid, dijo, marchemos: Herbert, abrid la puerta: Hacker me ha llamado segunda vez.» Bajó al parque que debía atravesar para dirigirse á Whitehall.

Muchas compañías de infantería le esperaban; formando una doble hilera por su paso; un destacamento de alabarderos marchaba delante con banderas desplegadas; los tambores con sus redobles sofocaban todos los gritos. A la derecha del rey iba el obispo, á su izquierda, con la



BRADSHAW.

cabeza descubierta, el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y á quien Carlos, al que habian gustado sus atenciones, habia pedido no le dejase hasta el último instante. Conversó con él durante el camino, le habló de su entierro, de las personas á quienes queria que se hiciera ese encargo, marchando á pesar de eso con aire sereno, tranquilas miradas,

firme paso, y mas aprisa que la tropa, de cuya lentitud manifestaba admirarse de cuando en cuando. Uno de los oficiales de servicio, lisonjeándose sin duda de aflijirle, le preguntó «si habia concurrido con el ya fallecido duque de Buckingham á la muerte del rey su padre.» «Amigo mio, le respondió Cárlos con desprecio y dulzura, si otro pecado que este no tuviese, tomo á Dios por testigo y te aseguro que no le pediria perdon.»

Llegados á Whitehall subió con desembarazo la escalera, pasó la grande galería, y entró en su alcoba, donde le dejaron solo con el obispo, que se preparó para darle la comunión. Algunos ministros independientes, Nye y Goodwin entre otros, llamaron á la puerta diciendo que venian á ofrecer sus servicios al rey: «El rey está rezando, respondió Juxon;» ellos insistieron. «Muy bien, dijo Cárlos, dadles en mi nombre gracias por sus ofertas; pero decidles francamente que despues de haber rezado tanto tiempo contra mí y sin culpa alguna, ellos no rezarán jamás conmigo durante mi agonía: mas pueden si quieren rogar por mí, yo se lo agradeceré.» Se retiraron; el rey se arrodilló, recibió la comunión de manos del obispo, y levantándose con viveza: «Mientras, dijo, que estos pícaros vienen, protesto que los perdono con todo corazon; y estoy dispuesto á cuanto me pueda ocurrir.» Se le habia preparado la comida pero no quiso tomar nada: «Señor, le dijo Juxon, habeis estado mucho tiempo en ayunas; hace frio, quizás en el cadalso, alguna debilidad...—Teneis razon, dijo el rey.» Comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una: Hacker llamó á la puerta; Juxon y Herbert se arrodillaron: «Levantaos mi viejo amigo, dijo el rey al obispo tendiéndole la mano.» Hacker llamó de nuevo: Cárlos hizo abrir la puerta: «Marchad, dijo al coronel, ya os sigo.» Se adelantó á lo largo de la sala siempre entre dos hileras de soldados; una multitud de hombres y mujeres se habian agrupado con peligro de su vida, inmóviles detrás de la guardia, y rogando por el rey á medida que pasaba; los soldados igualmente silenciosos no les inquietaban. Al extremo de la sala una abertura practicada la vispera en la pared, conducia de llano al cadalso entapizado de negro; se veian dos hombres consternados cerca de la hacha, entrambos vestidos de marineros y con máscara. El rey apareció sobre el cadalso con la cabeza erguida, paseando por todas partes sus miradas y buscando en vano al pueblo para hablarle. Viendo que solo las tropas cubrian la plaza y que á nadie se habia permitido acercarse, se dirigió á Juxon y Tomlinson diciéndoles: «Casi solo de vosotros puedo ser oido;